



LAWRENCE WESCHLER
UN MILAGRO,
UN UNIVERSO
AJUSTANDO CUENTAS
CON LOS TORTURADORES

*Traducción del inglés a cargo de
Isabel Márquez Méndez y Ce Santiago*

IMPEDIMENTA

UN MILAGRO, UN UNIVERSO

Brasil

Por lo que fui capaz de deducir y lo que más tarde sería capaz de recordar sobre el lugar al que nos dirigíamos, habría dado igual que me vendaran los ojos (una posibilidad que mi chófer había planteado no del todo en broma). São Paulo es la ciudad más grande de Brasil y, con casi trece millones de habitantes, una de las más grandes del mundo. Antes de visitarla, me había imaginado una inmensa concatenación de casas bajas y chabolas. Si me hubieran vendado los ojos, tal vez seguiría imaginándola así. Con los ojos abiertos, sin embargo, descubrí que en efecto era inmensa —amplia y vasta y en apariencia tan infinita como Los Ángeles—, pero la mayor parte estaba formada por rascacielos. Edificios de veinte y treinta plantas uno al lado del otro, kilómetros y kilómetros, barrios y barrios; la apoteosis misma del milagro brasileño, aquel extraordinario periodo a finales de los sesenta y principios de los setenta en el que el país cosechaba inexorablemente tasas de crecimiento del PIB del diez por ciento y superiores. Los centros urbanos acumularon enormes concentraciones de riqueza durante ese periodo y atrajeron grandes flujos de inmigrantes de las zonas rurales; algunos de ellos encontraron trabajos precarios en los boyantes polígonos industriales que alimentaban los repuntes de crecimiento, pero la mayoría se vio relegada

a una existencia descarnada en las tétricas favelas de aglomerado y techos de chapa que terminaron por rodear las ciudades. Y no en forma de anillo, sino de red, ya que las favelas también aparecieron en los terraplenes de las autopistas que, como arterias gravemente esclerosadas, entraban y salían de las principales ciudades.

En el trayecto en coche de aquel día pasamos por delante de algunas de aquellas estrechas franjas de chabolas, pero pronto salimos de la autopista para internarnos en una serie de bocacalles que serpenteaban entre los rascacielos. Me pareció que mi chófer añadía varios rodeos innecesarios a su ruta solo para confundirme un poco más. Al poco, giramos por un vado y entramos en el patio de una suerte de edificio eclesiástico bastante anónimo. Nos detuvimos en un lado del edificio y el conductor me indicó con señas que bajara del coche. Entramos por una puerta trasera, avanzamos por una sucesión de pasillos vacíos de estilo institucional y finalmente llegamos a una puerta sin letrero, normal y corriente. Mi guía se metió la mano en el bolsillo, sacó una llave, hizo una pausa, miró a un lado y a otro del pasillo para asegurarse de que no pasara nadie por allí en ese momento, hizo otra pausa para asegurarse de que tampoco oía a nadie y luego metió la llave en la cerradura y abrió la puerta. Una vez dentro, encendió la luz.

—Creo que esto es lo que has venido a ver —dijo.

La habitación, de longitud media y bastante estrecha, estaba completamente cubierta con filas paralelas de estanterías grises de metal, en las cuales había, del suelo al techo, cientos de archivadores de cartón marrón claro, cada uno etiquetado únicamente con un número escrito a mano. Los archivadores parecían no acabar nunca..., había miles, tantos como rascacielos en la ciudad que nos rodeaba. Y, de hecho, como terminé por entender en los días que siguieron, el contenido documentaba otra faceta del milagro brasileño.

Conocí a mi guía en el otoño de 1986, en un modesto almuerzo de prensa en Nueva York con motivo de la publicación de un libro

en cuya producción él había participado. Era un hombre corpulento y fornido de cincuenta y muchos con un carácter expansivo, una cara ancha y mofletuda, la coronilla medio calva, largas patillas canosas y gafas. Varios de sus amigos y compañeros que se habían pasado por el almuerzo seguían llamándolo Jim Wright, pero por lo general, según supe, responde al nombre de Jaime, y como por lo general vive en Brasil, la jota se pronuncia a la portuguesa. Wright nació con doble nacionalidad, estadounidense y brasileña, pero renunció a la estadounidense en 1958 y se considera brasileño de pura cepa. Él y su mujer tienen cinco hijos y cinco nietos, y todos son brasileños. Habla inglés con un perfecto acento americano, pero con ciertas inflexiones exóticas, sin duda consecuencia de su educación. Se crio en Brasil, pero sus padres eran misioneros estadounidenses, de Arkansas, que se lo llevaban a casa durante los permisos. Estudió en la universidad en Arkansas y más tarde cursó el Seminario de Teología de Princeton antes de regresar a Brasil, donde ha ocupado cargos directivos en tres periodos distintos en la misión brasileña de la Iglesia Presbiteriana de Estados Unidos.

Había viajado a Nueva York para asistir al lanzamiento del libro *Torture in Brazil*, una traducción al inglés de *Brasil: Nunca Mais*, publicado originalmente en Petrópolis en el verano de 1985. En la sobrecubierta de la edición estadounidense dice que el libro es «un impactante reportaje sobre el uso generalizado de la tortura por parte de los Gobiernos militares brasileños entre 1964 y 1979, elaborado en secreto por la archidiócesis de São Paulo». No había tenido mucho tiempo de hojearlo antes del almuerzo, pero lo que descubrí era en efecto impactante, no solo por el contenido —informes detallados del uso de la tortura por parte de los militares brasileños contra sus rivales políticos—, sino más bien por las fuentes de dicho contenido. Había leído otros informes de torturas en documentos de Amnistía Internacional, Helsinki Watch y Americas Watch, por ejemplo, y, más recientemente, en el extraordinario volumen argentino *Nunca más*. Pero dichos informes casi siempre consistían en testimonios de víctimas o de

testigos que habían sido recopilados, por así decirlo, *a posteriori*: cuando las víctimas o los testigos habían escapado o sido liberados y vivían escondidos o en el exilio, o bien después de que el régimen en cuestión hubiese caído. En ese sentido, el volumen argentino es un modelo ejemplar que en gran medida consiste en los testimonios escrupulosamente ordenados y meticulosamente corroborados de cientos de víctimas y testigos; testimonios que empezó a recopilar días después de la caída de la junta argentina la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. De hecho, la creación de la comisión fue uno de los primeros decretos del nuevo presidente civil, Raúl Alfonsín, tras su toma de posesión el 10 de diciembre de 1983.

Pero *Brasil: Nunca Mais* era otra cosa, pues se basaba en los registros oficiales del propio régimen; en transcripciones textuales de los juicios militares que no estaban destinadas al público general. Los documentos de esta índole no suelen sobrevivir a la caída de un régimen totalitario: su mera existencia ya es poco frecuente, y siempre son destruidos cuando el régimen se desmorona. Marshall Meyer, que fue rabino en Buenos Aires durante veinticinco años y miembro de la Comisión Nacional de Alfonsín (aunque hoy reside en Nueva York y es líder de la congregación B'nai Jeshurun, en el Upper West Side), me contó una vez que él y sus compañeros fueron corriendo al cuartel general de la SIDE, la policía secreta de los militares argentinos, días después de la transición a un Gobierno civil, y lo encontraron desmantelado; aún olía a las cenizas de los archivos. El régimen argentino tuvo que abandonar el poder apresuradamente, humillado tras la ignominiosa derrota en la guerra de las Islas Malvinas. En cambio, los militares brasileños no habían tenido prisa por despedirse. La investidura del nuevo presidente civil, José Sarney, en la primavera de 1985, había venido precedida por una transición cuidadosamente calibrada y delicadamente orquestada —la llamada *distensão* y la posterior *abertura*— que había llevado más de una década. Las autoridades militares brasileñas habían tenido tiempo sin duda para eliminar cabos sueltos, para enfrentarse a cualquier prueba

vergonzosa o inculpatória. Y aun así, ahí estaban las pruebas: *con sus propias palabras*, arrancadas *de sus propios archivos*. De ahí que los informes de torturas fuesen doblemente asombrosos: primero, por la incuestionable autoridad de los testimonios; segundo, por el mero escándalo de que dichos testimonios aún existieran.

Jaime Wright figuraba como traductor de la edición estadounidense de *Brasil: Nunca Mais*, pero en su introducción, la experta en Brasil Joan Dassin dejaba claro que Wright había estado muy involucrado en el proyecto desde su concepción. De hecho, aunque en una fase u otra de la elaboración del libro habían participado más de treinta personas, solo dos de ellas habían dado su consentimiento para que se las identificara en el momento de su publicación: el cardenal Paulo Evaristo Arns, arzobispo de São Paulo, y el pastor presbiteriano Jaime Wright. En el almuerzo de prensa, Wright explicó que las demás personas que habían participado en la compilación del volumen no solo habían logrado mantener en absoluto secreto la existencia del proyecto durante más de cinco años —el tiempo que se tardó en completar la tarea—, sino que también habían conseguido mantener en absoluto secreto sus identidades durante el año y medio posterior a la publicación del libro. Obviamente, este nivel de secretismo había sido esencial para el proyecto durante la época en la que los militares aún detentaban el poder en Brasil; sin embargo, todos coincidían en que seguía siéndolo porque, aunque los civiles habían recuperado supuestamente el control del país por primera vez desde 1964, los militares aún constituían una presencia poderosa: habían dejado la puerta entornada, por así decirlo, y amenazaban con volver a abrirla de golpe en cualquier momento. De hecho, según nos contó Wright, un año después de la publicación de *Brasil: Nunca Mais* llegó una respuesta tan furibunda como polémica: la obra de un teniente de la inteligencia militar brasileña que no se arrepentía de nada: *Brasil sempre* ('Brasil siempre').

En posteriores encuentros con Wright, me enteré de cómo este pastor presbiteriano se había implicado tanto en un proyecto de alto secreto de la archidiócesis católica de São Paulo. La relación

tenía su origen siete años atrás. El hermano pequeño de Jaime Wright, Paulo Stuart Wright, había sido un estudiante católico activista y más tarde diputado en el estado de Santa Catarina, al sur de Brasil, durante los primeros años de la tumultuosamente reformista década de los sesenta; de hecho, fue el primer hijo de misioneros estadounidenses en ostentar un alto cargo político en Brasil. Debía de ser bueno en su trabajo, ya que fue uno de los primeros legisladores a los que despojaron de su mandato en las semanas posteriores al golpe del 1 de abril de 1964, con el que los militares se hicieron con el poder. Paulo Wright huyó del país, pero al año siguiente regresó ilegalmente y empezó a trabajar en la clandestinidad, organizando cooperativas de campesinos y redes rurales en, entre otras zonas, Maranhão, el estado natal de José Sarney. (Por su parte, el futuro presidente Sarney era en aquella época un estrecho colaborador civil de la cúpula militar.)

«Paulo enseñaba a la gente a mantenerse unida —me explicó Jaime Wright—, y para el régimen militar eso equivale a subversión.» Durante ese periodo, Jaime veía a su hermano de vez en cuando («estaba en mi despacho de São Paulo, sonaba el teléfono y era Paulo para decirme que me reuniera con él a las dos de la tarde en la Praça da República, y yo sabía que se refería a que nos reuniríamos a las tres de la tarde en la Praça da Sé»); nunca hacía preguntas concretas sobre el trabajo organizativo de Paulo, y Paulo no le contaba gran cosa («en parte por la seguridad de su organización y en parte por mi bien, para que no tuviera que cargar con esa información»). Esto se prolongó durante ocho años, hasta que un día de septiembre de 1973 Jaime recibió una llamada distinta. «*Ele caiu*», dijo con claridad una voz anónima —«ha caído»—, y luego la llamada se cortó. A Paulo lo habían «desaparecido»: lo habían secuestrado en las calles de São Paulo sin dejar rastro. Jaime intentó localizarlo frenéticamente en las prisiones militares, pero fue en vano. Posteriormente supo que a su hermano lo habían torturado y, cuarenta y ocho horas después, matado; de hecho, terminaría encontrando pruebas del asesinato de su hermano entre los papeles que sacaron a la luz los colaboradores

del proyecto *Brasil: Nunca Mais*. Pero se había pasado años sin certeza alguna, buscando por todas partes la más mínima información; hasta la fecha, no ha logrado encontrar el cadáver ni pista alguna sobre el lugar en el que lo enterraron.

Para decepción de Wright, sus compañeros de las jerarquías protestantes no fueron de gran ayuda en su búsqueda de información sobre su hermano. Muchas de las iglesias protestantes de Brasil se habían «aculturado más de la cuenta», como él dice; las confesiones protestantes más consolidadas solían atraer a nuevos ricos que se beneficiaban del milagro brasileño, y por tanto apoyaban tácitamente al régimen militar. Era también el caso de gran parte de la Iglesia presbiteriana de Brasil. (Wright traza una distinción clara entre la posición y la obra de dicha Iglesia y las de la Iglesia Presbiteriana de Estados Unidos en Brasil.) Varios de los grupos más evangélicos, al igual que sus patrocinadores pentecostales en Estados Unidos, eran, si cabe, más anticomunistas que el propio régimen. De hecho, se sabía que el aparato de seguridad del régimen incluía una proporción inusitadamente alta de protestantes. Sin embargo, en su búsqueda de información sobre su hermano, Wright sí consiguió un apoyo considerable por parte del cardenal Arns, que venía mostrando una postura cada vez más directa y asertiva respecto al uso de la tortura por parte del régimen militar desde su nombramiento en 1970 como líder de la archidiócesis de São Paulo, la más grande del mundo. Wright lo ponía por las nubes. «Para empezar, el cardenal Arns es franciscano, y los franciscanos, con su voto de pobreza, rara vez aspiran a ser obispos. Tiene un profundo conocimiento de las Escrituras, que memorizó de niño. Y tiene alma de pastor: lo mueve una compasión sincera frente a la violencia y las persecuciones. Para meterme con él, yo le digo que es un protestante disfrazado, un protestante auténtico.» (Wright suele comentar de pasada que su hermano fallecido, Paulo, fue hasta cierto punto sustituido en su vida por este segundo Paulo, el cardenal.)

En los años posteriores a 1973, Jaime Wright y el cardenal Arns colaboraron de manera cada vez más estrecha para abordar las

gravísimas violaciones de los derechos humanos a las que se enfrentaban sus feligreses. En octubre de 1975, cuando Vladimir Herzog, un famoso y muy respetado periodista televisivo de São Paulo, murió torturado, sus compañeros organizaron en su honor una misa ecuménica especial en la catedral de São Paulo. El cardenal Arns accedió a presidirla, un distinguido rabino representó a los judíos (Herzog era judío) y Jaime Wright representó a los protestantes. («Bueno —dice Wright—, *representar* no es la palabra correcta: ningún otro líder protestante aceptó la invitación.») Más de ocho mil personas llenaron la catedral en la misa por Herzog, y otras treinta mil desbordaban la plaza circundante; aquel evento se ha considerado un factor crucial para el resurgimiento de una sociedad civil independiente en Brasil durante la década siguiente. Unos años más tarde, Wright y el cardenal Arns colaboraron en otro gesto decisivo. Junto con varios activistas por los derechos humanos, decidieron jugársela a que, con ocasión de la visita de Estado del presidente Jimmy Carter a Brasilia, el régimen no querría censurar nada abiertamente, y escogieron ese día —el 29 de marzo de 1978— para publicar en el *Folha de São Paulo*, uno de los principales periódicos del país, un artículo a doble página detallando los registros militares de torturas, desapariciones y otras violaciones de los derechos humanos. En el texto aparecía la primera mención pública a los hechos relacionados con el secuestro y la desaparición de Paulo Stuart Wright (junto con una pequeña fotografía suya). «Aquel levantamiento repentino de la censura durante un día..., verlo te dejaba literalmente sin aliento», recuerda Wright. «Digan lo que digan de Jimmy Carter en Estados Unidos, hay que reconocer la eficacia de su política exterior. En Brasil en concreto, la presión que ejerció su Gobierno fue uno de los principales factores que influyeron en el aperturismo del régimen.

En 1978, Wright también concluyó su tercer mandato en la misión brasileña de la Iglesia Presbiteriana de Estados Unidos y obtuvo permiso para trabajar más estrechamente aún con el cardenal Arns. «Que yo sepa —me dijo Wright—, soy el único

pastor presbiteriano que trabaja dentro de la Iglesia católica por invitación de un cardenal.» Tiene un despacho en el edificio de la curia, contiguo al del cardenal Arns, que en ocasiones lo ha llamado «mi obispo auxiliar de asuntos exteriores y derechos humanos». De hecho, Wright cuenta con la confianza de Arns hasta tal punto que participó en la redacción de los sermones que el despacho del cardenal preparó para la visita del papa Juan Pablo II a São Paulo en 1980.

En marzo de 1979, el proceso receloso, gradual e intermitente de aperturismo militar, que desde la presidencia del general Ernesto Geisel llevaba varios años en marcha, entró en una nueva fase con el nombramiento del sucesor elegido de Geisel, el general João Baptista Figueiredo. (Fue en este momento cuando la *distensão* pasó a ser *abertura*.) La práctica institucionalizada de torturas por parte de los militares contra sus opositores políticos ya llevaba un tiempo disminuyendo, pero a los oficiales del Ejército les preocupaba que pudieran llegar a investigarse y castigarse sus violaciones previas de los derechos humanos. De hecho, el progresivo avance hacia un mayor aperturismo había quedado congelado a la espera de resolver dichas preocupaciones. Dadas las circunstancias, una de las primeras iniciativas que promulgó el presidente Figueiredo fue un plan para la llamada «amnistía mutua». Desde hacía varios años, la sociedad civil, liderada, entre otros, por el cardenal Arns y sus socios, exigía una amnistía total para los acusados de crímenes políticos; tanto exiliados como prisioneros. Figueiredo cedió en parte a las exigencias (había evidentes vacíos legales en su iniciativa), pero acompañó aquel gesto con otro, en un repentino alarde de magnanimidad: amnistía general para todos los agentes de seguridad del Estado que, de lo contrario, pudieran verse expuestos en un futuro a acusaciones derivadas de sus violaciones de los derechos humanos. De hecho, el decreto se redactó de tal forma que impedía incluso la posibilidad de cualquier investigación oficial futura de los comportamientos dentro de las fuerzas armadas y de

seguridad entre 1964 y 1979. Lo hecho, hecho estaba: borrón y cuenta nueva. Podía procederse a la *abertura*.

Sin embargo, para los miles de víctimas del régimen y para sus familiares y amigos, hacer borrón y cuenta nueva no iba a ser tan fácil. Más aún, para Jaime Wright, el cardenal Arns y varios de sus compañeros, que se hiciera borrón y cuenta nueva impediría toda comprensión de lo que había sucedido en Brasil entre 1964 y 1979 y lo que había significado; una comprensión sin la cual, temían, el país se vería expuesto eternamente a una dolorosa regresión. Fue durante ese periodo cuando a Wright y un grupo reducido de sus compañeros se les ocurrió un plan osado.

«Para entender lo que nos dispusimos a hacer en 1979, hay que entender una particularidad de la dictadura militar de Brasil», me dijo Wright. «Verás, los generales brasileños eran tecnócratas. Su intención era hacer las cosas a rajatabla, seguir las formas, aunque a menudo los resultados fuesen crueles y perversos. Por ejemplo, estaban obsesionados con llevar un registro completo de sus actividades. No esperaban que alguien pudiera hurgar en esos registros..., no de manera sistemática, desde luego. Nunca imaginaron que tendrían que rendir cuentas ante nadie. Pero las formas, los tecnicismos, exigían registros completos y bien ordenados, así que los llevaron. Pues bien, en las primeras fases del *processo* —la palabra portuguesa para una causa judicial militar— de un recluso, las autoridades solían recurrir a la tortura. Esto se debía en parte a que estaban ansiosas por recabar toda la información lo más rápido posible y así poder llevar a cabo más detenciones antes de que los amigos y camaradas del prisionero se enteraran de su arresto y borrarán sus huellas. Pero también era casi un reflejo tradicional que se remontaba a los tiempos de la esclavitud y la Inquisición. La confesión se lograba a través de la tortura, y su veracidad se confirmaba de manera concluyente cuando la víctima firmaba la versión escrita de su declaración. En torno a un tercio de los *processos* terminaban en juicio semi-público ante los cinco jueces de alguno de los doce tribunales militares que operaban por todo el país (los otros dos tercios no

llegaban tan lejos). En ese momento, el prisionero o sus abogados denunciaban a veces que la supuesta confesión se había obtenido bajo tortura. Es increíble, cuando se piensa en los riesgos que implicaba —al fin y al cabo, cabía esperar que devolvieran a estos prisioneros a sus carceleros tras el juicio—, que alguien decidiera hacer semejante denuncia. Pero, por lo que hemos podido confirmar, en torno al 25 % de los prisioneros denunciaban. Además, en esos casos, los jueces escuchaban diligentemente mientras los acusados describían sus torturas; después resumían los relatos y ordenaban a los ujieres que incluyeran los resúmenes en los registros. Todo se hacía a rajatabla. Y luego los tribunales entregaban sus veredictos. De vez en cuando (cierto es que muy rara vez), declaraban inocente al acusado. Pero eso daba igual, porque la acusación recurría al Superior Tribunal Militar de Brasilia, que al final siempre lo declaraba culpable. Sin embargo, en el proceso (y esto se convirtió en algo importantísimo para nosotros), todas las transcripciones y los documentos de todos los casos se trasferían de los juzgados provinciales a Brasilia, donde se catalogaban minuciosamente en los archivos del Superior Tribunal Militar.

»Por eso se nos ocurrió, en 1979, que los registros del régimen debían de incluir detallados testimonios jurados sobre el uso de la tortura durante el periodo del Gobierno militar..., solo teníamos que hacernos con ellos.»

Irónicamente, la ley de amnistía de 1979 les dio a Wright y sus compañeros una excusa, porque ahora los abogados tenían acceso a los archivos, aunque de manera un tanto fragmentaria, para preparar las solicitudes de amnistía en nombre de sus clientes aún presos o exiliados. Los abogados tenían permiso para sacar expedientes individuales durante veinticuatro horas; una vez transcurridas, tenían que devolverlos. Wright y sus compañeros se dieron cuenta enseguida de que con esa excusa podrían fotocopiar una muestra —quizá una muestra significativa— de los registros del Superior Tribunal Militar, sentando así las bases para un estudio irrecusable sobre las torturas en Brasil.

«En realidad, la idea se les ocurrió a varios de los abogados que habían estado trabajando sin descanso en nombre de los prisioneros políticos durante la dictadura militar», explicó Wright. «Me lo propusieron y mantuvimos varias conversaciones iniciales al respecto. Creo que el momento decisivo llegó una tarde de 1979, cuando varios de nosotros fuimos al aeropuerto a recibir a Paulo Freire, que volvía tras quince años en el exilio.» Freire era un famoso educador brasileño que defendía la alfabetización de los campesinos y los pobres de las ciudades como instrumento de «concienciación» (expresión que acuñó él mismo). Fue especialmente influyente durante los años cincuenta y principios de los sesenta en el estado de Pernambuco, en la desamparada zona noreste el país, donde enseñaba en una universidad pública. Después de 1964, primero emigró a Chile, de donde tuvo que huir en 1973, cuando el Gobierno de Allende fue derrocado. Se fue a Ginebra, y desde allí ayudó a establecer programas de alfabetización en las antiguas colonias portuguesas de África: Guinea-Bissau, Angola y Mozambique.

«Muchos de los exiliados estaban empezando a regresar —continuó Wright—, o sea, que por una parte estábamos contentos, pero también queríamos asegurarnos de que los horrores no se repitieran, que no volvieran a mandar a gente como Freire al exilio o algo peor. Así que ese día íbamos reflexionando sobre las implicaciones de la existencia del archivo y las posibilidades que teníamos de acceder a él. Uno de los que venían en el coche trabajaba en el Consejo Mundial de Iglesias, había ido de visita a Brasil desde el cuartel general del CMI en Ginebra, y la idea le entusiasmó. Concebimos todo el plan en el coche mientras esperábamos a Freire. Éramos conscientes, cómo no, de que todo tendría que llevarse en el mayor de los secretos. Al día siguiente, fui al despacho del cardenal y le presenté el plan. Lo apoyó de inmediato y se ofreció a apadrinarlo. Coincidió en que sería buena idea pedir ayuda a Philip Potter, el secretario general del CMI, para financiar el proyecto, y firmó una carta para Potter que habíamos redactado en el coche el día antes y que el enviado del CMI entregaría en

mano unos días más tarde, a su regreso a Ginebra. Potter respondió de inmediato. Inició la recaudación de fondos enseguida, y recibimos nuestra primera contribución, de unos 25 000 dólares, al mes siguiente.» El continuado apoyo financiero del CMI al proyecto secreto terminó constituyendo una de las mayores subvenciones concedidas por la organización en toda su historia, de más de 350 000 dólares.

A principios de los ochenta, los colaboradores secretos ya habían fichado a los primeros miembros del equipo y alquilado una pequeña sala en un anodino edificio de oficinas en Brasilia. «Sin letrero en la puerta —recordó Wright—, y, dentro, tan solo tres fotocopadoras alquiladas. Teníamos a doce abogados trabajando con nosotros, que, de un modo aparentemente arbitrario, empezaron a sacar documentos del archivo de forma sistemática. Nuestro personal echaba diez horas diarias, siete días a la semana, copiando una página tras otra. Luego, los abogados devolvían los originales, tal y como se exigía, para evitar cualquier sospecha. En esa sección del archivo había en total 707 expedientes, que implicaban a más de 7000 acusados. Se podía sacar un expediente completo de una sola vez, y recuerdo que un día llegó un abogado con más de dos docenas de volúmenes, un expediente que pesaba más de ochenta kilos. Al principio teníamos la esperanza de fotocopiar una muestra científica de los casos que había en el archivo..., lo cierto es que no esperábamos poder continuar mucho tiempo con aquella rutina sin que nos descubrieran. Nos llevábamos las fotocopias de Brasilia casi de inmediato, las almacenábamos en São Paulo y allí empezábamos a tratarlas. Habíamos decidido seguir fotocopando hasta que de una forma u otra nos obligaran a parar. Al final, teníamos copias de la mitad del archivo —muchísimo más de lo que habíamos esperado—, y un buen día, tras más de tres años fotocopando, nos dimos cuenta, para nuestro propio asombro, de que habíamos logrado fotocopiar *todos y cada uno de los documentos* de las instalaciones..., ¡más de un millón de folios! Habíamos duplicado todo el universo de documentos del archivo.

La historia de Wright empezaba a sonar como una fantasía propia de Borges. (Aunque no tanto de la vida de Borges, pues, si bien el astuto plan de copiar un archivo entero le habría gustado sin duda a la faceta del fallecido maestro argentino más próxima a «La biblioteca de Babel», lo cierto es que durante la mayor parte de la triste historia reciente de su propio país, Jorge Luis Borges ha mostrado una indiferencia estudiada, casi arrogante, hacia las miserables torturas y las desapariciones que ocurrían a su alrededor. No era asunto suyo, repetía a los visitantes que intentaban insistentemente sumar su autoridad moral a la lucha contra la junta argentina. Aunque, en el último momento, parece ser que su postura cambió drásticamente: durante los últimos años de la junta —y, eso hay que reconocérselo, mucho antes del fiasco de las Malvinas—, Borges empezó a hacer modestas aunque firmes declaraciones condenando las torturas y a los torturadores, declaraciones que resonaron con más fuerza precisamente por el inquietante silencio que las había precedido. Y cuando por fin asomó su preocupación por el tema, fue con un enfoque llamativamente poco babeliano: en una ocasión, cuando un visitante empezó a recitar una letanía de terribles violaciones recientes de los derechos humanos, con la intención de enfatizar las dimensiones del horror, Borges lo interrumpió tras el primero, diciendo: «Basta..., uno es ya demasiado».

En Nueva York, Wright continuó su relato de los hechos. Y había mucho más: cómo el equipo había catalogado millones de folios, digitalizado los datos, reducido el material a un informe inicial de siete mil páginas y reducido luego ese informe a un resumen; cómo habían conseguido un editor para aquel resumen y logrado que también él jurara guardar el secreto, y, lo que es más, cómo el equipo se las había arreglado para hacer todo aquello y mantener el proyecto en secreto hasta que el libro apareció de repente en librerías. Y lo que vino después. Pero yo ya estaba enganchado. Había tomado una decisión: quería ir a São Paulo y hablar con